

El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7722.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 peset.; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7-50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11-25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LOURETTE, rue Camartin, 61.—JOHN F. JONES 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obli- gación legal.—No se devuelven los originales.
Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24.

Anuncios á precios convencionales.

JUEVES 11 DE AGOSTO DE 1887.

LA AGONIA DE FEDERICO EL GRANDE

2 de Enero de 1780.

«El rey de Prusia va á morir, quizá halla muerto en el momento en que escribo imposible que pueda vivir dos meses más. Con el caerá la clave que sostiene la bóveda política de Europa. Todo anuncia la guerra.»

Así empieza la *Historia secreta de la corte de Berlín, ó correspondencia de un viajero francés desde el 5 de Julio de 1786 al 19 de Enero de 1787.*

Este viajero no era otro que Mirabeau enviado por Mr. de Calonne á la corte de Berlín con una misión secreta para vigilar lo que iba á suceder en el momento en que Europa esperaba de hora en hora la noticia del fallecimiento de Federico II.

En las cartas, que con rara exactitud, dirige Mirabeau á su corresponsal, Mirabeau anota día por día los progresos de la agonia regia; y este documento retrospectivo nos ha parecido de una actualidad hártó punzante para que no tratemos de indicar la líneas generales.

En su segunda etapa, es decir, en Brunswick, el viajero daba ya noticias del estado de Federico. El rey estaba muy mal, «pero no á la muerte.» Su médico, Zimmermán, á quien se había hecho venir de Hannover, había prometido prolongar la vida del paciente, pero á condición de que se prestase á las exigencias del tratamiento. Ahora bien, la antevíspera Federico había montado á caballo, marchando al trote cincuenta pasos, aunque escoltado por dos hombres que constantemente estaban á su lado.

Pero en el capítulo de la alimentación se mostraba más irritable todavía. En todo tiempo se ha celebrado el apetito de los Borbones; ¿qué no se podrá decir de los Hohenzollerns? Nunca pudo obtener Zimmermán que su real enfermo renunciase al caldo de polenta, pasteles de anguilas y ananás, con los que diariamente se ensuciaba el estómago.

Al contrario que sus colegas de Berlín, el doctor hannoveriano no creía que el príncipe estuviese atacado de una hidropesía, y sin embargo, el rostro del enfermo estaba encendido, su cuerpo hinchado. «Bal... decía Zimmermán—Es asma.» El pueblo estaba muy irritado contra un práctico cuya ciencia, ó por lo menos cuya perspicacia negaba; pero tenía que callarse. El rey no quería ver más médico que á Zimmermán.

Cuando Mirabeau llegó á Berlín, es decir el 21 de Julio, la hidropesía estaba notoriamente declarada; había invadido el estómago y aun el pecho. Federico lo sabía, y había recibido muy mal al doctor Freese, encargado de transmitirle la enojosa nueva. Sin embargo, su

mal humor no fué de larga duración, porque, escribe Mirabeau: «recibo una carta muy amable del rey en la cual parece que éste espera vivir mucho tiempo.» El rey enterado de la misión que llevaba el enviado de Mr. Calonne le deseaba así la bienvenida.

Los días buenos reanimaron al enfermo; quiso que se le pasease en silla de manos; pero esta salida, aunque muy corta, en vez de producirle algún alivio le fatigó mucho. «Insisto en creer, dice Mirabeau, que su fin está señalado hácia el mes de Setiembre.»

A partir del mes de Agosto la hidropesía tomó un carácter más acentuado, y pronto perdió toda esperanza Zimmermán. A la medicina que éste le designaba, prefería élla la tintura de ruibarbo, que le purgaba abundantemente cuando tenía una indigestión accidente muy frecuente en él, porque aún no había perdido nada de su prodigioso apetito. Habíase vuelto muy friolero; se enterraba bajo pieles y mantas, y eso que no podía meterse en la cama, y hacía más de seis semanas que pasaba la noche en un sillón. Pero su indomable energía quería resistir contra la misma muerte.

—El, decía, esto no es hidropesía, es la hinchazón de la convalecencia.

Y para ayudar á la naturaleza en su trabajo de reparación, quería que se practicasen incisiones á lo largo de las caderas y en los muslos. Luego se volvía hácia sus ministros y hablaba con ellos de los negocios de Estado. Nunca había estado más lúcido su espíritu ni había sido lo más fructífero su trabajo.

De repente el 4 de Agosto sobreviene una crisis. Las piernas se cubren de erisipelas, brotan abundantemente el agua de las heridas que se engargenan y el enfermo experimenta largos y numerosos ataques de ahogo.

Este derrame de materias serosas trae un pronto alivio. La hinchazón disminuye ó parece disminuir. Federico, que se siente más suelto y que ha recobrado el apetito, no duda que se halla en plena convalecencia. Entonces no guarda ya el menor régimen; se hace servir para comer hasta doce platos, de los que come una buena parte. Para almorzar y comer absorbe anchas tortas de manteca muy cargadas de pimienta. Si este abuso de alimentación le produce algunas opresiones, vuelve á su remedio favorito, la tintura de ruibarbo.

Pero la hora fatal llegaba, provocada por los extravíos del régimen. El 15 de Agosto, Federico acaba de despachar, no obstante su debilidad, los asuntos pendientes con la actividad y penetración de espíritu que le eran familiares, cuando se sintió presa de una invencible necesidad de dormir; durmió así hasta las once de la noche. Entonces conió bien. Pero al día siguiente al levantarse era

completo y el olor cadavérico que exalaban las llagas del moribundo llegó hácerse insoportable. Sin embargo, el rey estaba en todo su conocimiento; sus ojos estaban vivos, habían conservado su visibilidad; pero por la primera vez desde que ocupaba el trono, olvidó su oficio de rey y no habló de los asuntos de Estado. El día 17 moría á las dos y veinte minutos de la madrugada.

Mirabeau, que no había podido decidir al ministro de Francia á que despachase un correo á Versalles algunas horas ántes de la muerte del rey, quiso sin embargo adelantarse á los enviados de las demás cortes así que se conoció oficialmente la noticia. Se había provisto de dos pares de palomas mensajeras, cuyo regreso se había ensayado. Aunque aquí las explicaciones de Mirabeau sean pasablemente embarazosas, debemos creer que las palomas debieron dirigirse hácia París y llegar hasta M. Calonne.

No se tardó en conocer las disposiciones testamentarias del difunto rey, dictadas para este príncipe en 1769. Como actor acabado que era, cuidadoso de un hábil reclamo y de sus efectos, el gran Federico había escrito su testamento con un cuidado minucioso, en estilo ampuloso y en forma de discurso.

Las mandas eran muy numerosas y «todas salen de misalio: ros personales,» hacía notar el tostador, que hasta última hora quería pasar por modelo de reyes económicos.

Entre otros dones dejaba el príncipe Enrique «doscientos mil escudos, un grueso diamante verde, una araña de cristal de roca evaluada en quince mil escudos, un tiro de ocho caballos, dos caballos de mano ricamente atalajados y cincuenta toneles de vino de Hungría.»

La mayor parte de los principillos alemanes que le estaban unidos por lazos de parentesco, recibieron un regalito. El duque reinante de Brunswick, á quien Mirabeau miraba como el príncipe más hábil de Alemania recibió para sí ocho caballos, los últimos que había montado Federico, y una sortija de diamantes estimada en veintidós mil escudos.

El nuevo rey confirmó de buena voluntad todas estas mandas; el único que no quiso aceptar fué el voto expresado por su tío de que se le enterrase con sus perros. Así este rey filósofo representaba al morir el papel que venía representando toda su vida. Había pensado, hablado y razonado como Lucrecio, su inmortal modelo; pero también él tuvo sus feúches y sus supersticiones; durante toda la guerra de los siete años llevó bajo la camisa un singular escapulario. Era una bombonera de oro que contenía dieciocho píldoras de opio y élla, que le llevaba su cajita consoladora, es que en medio del humo de las balallas, y á tra-

ves de sus reveses de gloria veía la perspectiva de una tiorota vergonzosa ó una cautividad humillante á la cual debía sustraerle su cajita consoladora?

¡Ingratitud de los pueblos! Dos horas después de su muerte, los berlineses pretendían que el difunto rey no había sido más que un hombre como otro cualquiera y aún inferior á los demás. No por eso dejaron de ser magníficos sus funerales. «Para el país, para el tiempo, se ha hecho todo lo que se podría hacer,» dice Mirabeau cuya carta, que tiene tres páginas, se consagra á la descripción de la ceremonia fúnebre.

«El ataúd estaba ricamente guarnecido de paño de plata galoneado de oro. En la parte que correspondía á la cabeza, veíase un casco de oro, la espada que usaba Federico, el bastón de mando, la banda del Aguila Negra y sus espuelas de oro. Alrededor del ataúd se habían colocado ocho pequeños cuadrados de oro destinados á sostener: primero, la corona real; segundo, la bola de oro su-perada por una cruz; tercero, la caja de oro que encerraba el sello; cuarto, el sombrero de elector; quinto, el cetro; sexto, la orden del Aguila Negra de diamantes y otras piedras preciosas; séptimo, la espada real; octavo, la mano real... Después del púlio venía la carroza fúnebre vestida de satén blanco, guarnecida de franjas de oro, y tirada por ocho caballos cubiertos de terciopelo negro...»

Local y provincial.

Sigue siendo constante objeto de la preocupación pública, el incremento que en esta ciudad y sus barrios extramuros, alcanzan las intermitentes palúdicas.

A fuerza de haberlo hecho tantas veces, no tenemos fezas lo bastante sentidas para lamentarnos de tanto horror, ni conceptos tan enérgicos como reclama la demanda de un pronto y radical remedio que nos salve de la muerte.

Ante los estragos del mal, y la punible indiferencia que á todos domina, la indignación embarga nuestros sentidos, y no podemos acordar una sola idea que tenga por objeto mantener nuestra constante presencia en un proceder que traerá más ó menos tarde, como ineludible secuela, nuestro total aniquilamiento.

Dejamos la palabra al último número de *La Unión de las Ciencias Médicas*, que al tratar de este asunto, se expresa así:

«Al par que nos congratulamos por que disminuyan las probabilidades de ser víctimas de la epidemia colérica, tenemos que doler una vez más, de los estragos que entre nosotros causa otra epidemia no menos terrible.»

Desde luego, entendiendo los lectores que nos referimos al paludismo, que cada año adquiere un carácter tan intenso que de un momento á otros, producirá